

que hemos adoptado esconde cualquier pista sobre el hecho de que lo que contamos al público son, con suerte, meras conjeturas: la vasta mayoría de las obras de arte las han realizado personas de las cuales ignoramos hasta su nombre, por motivos que hasta los artistas modernos se confiesan incapaces de expresar con exactitud. Lo más grave de todo es que, en este proceso, hemos olvidado que el arte no es solamente producto de artistas y mecenas, sino que es una institución social de por sí. Su relevancia no reside en el valor intrínseco de la obra sino, por el contrario, en el significado que estas obras adquieren con el tiempo y a través del contacto con un público y un mundo en constante transición. Paradójicamente al público le ofrecemos una interpretación —ese intento de resumir la reconstrucción arqueológica del mundo que las vio nacer de acuerdo a la última moda académica— que habla de las obras de arte como si dejaran de existir al abandonar los talleres de los artistas, siendo precisamente en ese instante cuando adquieren su razón de ser. Hasta que no entendamos que el papel del museo es el de convertirse en un foro de interacción entre el arte y la gente —un lugar donde el significado se construye— el arte terminará convirtiéndose en un arcaísmo para el que no terminamos de encontrar lugar en el presente, una forma de juego incapaz de competir con el laberinto de información que nos rodea en ésta nuestra era global.

Hoy por hoy al caminar por un museo de Nueva York, Barcelona o Tokio nos seguimos con encontrando el triste espectáculo de escolares copiando concienzudamente cartelas que no entienden, con un público incrédulo pero pasivo asintiendo al oír a los guías explicar el arte contemporáneo como si hablaran de Rembrandt, o leyendo textos de pared de una exposición sobre Rembrandt hechos de una amalgama críptica de análisis formal y jerga postestructuralista que, seamos sinceros, no significa nada.

Estos son pues los deberes corregidos de lo que hoy son las tareas realizadas por la Educación Museística. Aquella estricta monja que tuve en 6° curso que, además, hacía doblete de consejera escolar, no suspendía a ninguna alumna sin antes darse placer de cultivar su género literario favorito: la carta a los padres. Nuevamente la imito:

*Estimado Sr. D. Museo de Arte:*

*A mi gran pesar me encuentro en la obligación de informarle acerca de algunos aspectos preocupantes que vengo observando en las tareas realizadas por su hija durante el presente año.*

*Su falta de madurez y coherencia resultan alarmantes. Se empeña en utilizar un vocabulario de adulto que no creo que comprenda mientras que, sospecho, es incapaz de deletrear palabras de uso común, ya que prácticamente no las utiliza. Además sus redacciones denotan una importante carencia de autoestima que, por otro lado, intenta compensar con una curiosa mezcla de indiferencia y arrogancia.*

*Sufre igualmente de una acusada falta de concentración así como de un absoluto desinterés por comunicarse, lo cual, sin embargo, consigue camuflar a la perfección bajo un disfraz de buenos modales e inmejorable presencia.*

*Me temo, y no lo dudo, que esta situación se deba o bien a problemas en el seno familiar o bien a una disfunción del aprendizaje puesto que, además, continuamente se muestra cansada y poco participativa.*

*Le rogaría tuviese a bien concertar una cita conmigo a la mayor brevedad y por el bien de su hija ya que se expone a un nuevo y rotundo fracaso escolar.*

*Atentamente le saluda,*

*Hermana Genoveva de Jesús.*